

24. EL MUNDO: UNA VENTANA A LA ETERNIDAD.

En el quieto punto del mundo que gira.

No era carne, ni estaba sin ella;

ni procedía de ni iba hacia...

en el quieto punto, allí está la danza,

pero ni detenida ni en movimiento.

T.S.Elliot.

Hemos alcanzado la culminación de nuestro largo viaje. En esta imagen final vemos a un bailarín enmarcado por una corona de ramas entretejidas y vivas (fig. 82). En las esquinas podemos observar un león, un buey, un águila y una figura angélica con su aura. Esta carta se llama el Mundo.

El bailarín tiene la cara, el cabello y el pecho de una mujer, pero sus delgadas caderas y sus robustas piernas nos sugieren que se trata de un ser andrógino, en quien se combinan y se integran lo masculino y lo femenino. Los opuestos, cuyo desarrollo estuvimos propiciando, se han combinado ya en una entidad. Su sexo neutro lo aparta del mundo de lo personal, para llevarlo al reino de lo trascendental, dado que el color de su carne nos habla de un ser humano. El bailarín se mueve en el área del conocimiento que se describió a menudo como: «eres aquello» y «yo soy aquello que soy». El velo que lleva alrededor de su cuello sugiere la presencia del espíritu siempre en movimiento. El bailarín sostiene dos varas, una en cada mano, que representan los polos de energía positivo y negativo; al moverse, estos dos se mueven de manera que se compensan mutuamente, simbolizando el constante y dinámico juego de los opuestos.

La guirnalda natural en la cual se halla enmarcado el bailarín nos indica la interacción de todos los aspectos de la naturaleza, consciente e inconsciente, para formar un mundo continuo e integrado. La guirnalda crea aquel sagrado témenos dentro del cual el bailarín se siente enmarcado y protegido. En el Sol, los gemelos estaban parcialmente encerrados dentro de una pared semicircular de ladrillos dorados; aquí, el témenos es vivo, natural y total. Coloca al bailarín aparte de todo lo que es falto de sentido e insustancial, de todo lo que no le pertenece. Tiene espacio suficiente para moverse, su propio espacio, dentro del cual es libre de expresarse sin esfuerzo. En términos junguianos, esto puede simbolizar el sí-mismo, el centro de la totalidad psíquica.

Podría parecer curioso que, desnudo, el bailarín se exhiba libremente, sin vergüenza ni pudor, pero su sexo permanece oculto. Simbólicamente, esto puede querer decir que la necesidad creativa que se halla en el corazón de toda vida no puede ser revelada. Y eso no en el sentido (como dijo la reina acerca del sexo) de que sea «demasiado bueno para cualquiera», sino que lo decimos porque es un secreto sagrado y no debe ser totalmente desvelado. Parece importante subrayar que los dos gemelos que aparecieron en el Sol también mantenían oculto su sexo. Tal modestia es un sentimiento arquetípico instintivo que surge del centro del sí-mismo, no como un falso pudor causado por represiones culturales. Para confirmarlo, podemos decir que, incluso en la sociedad permisiva de hoy, los niños pequeños también sienten vergüenza de mostrarse desnudos. Si, forzando su modestia y pudor innatos, les convencemos de que se muestren, podríamos con este acto forzar y violentar su conexión natural con lo más profundo de ellos mismos. El bailarín representando en el Mundo puede estar diciéndonos que, aunque el hecho de estar desnudo es natural, el hecho de exponerse de esta manera ante el mundo no lo es necesariamente. Hay ocasiones en que el sí-mismo necesita ser protegido y albergado.

El sí-mismo es el centro de nuestro equilibrio psíquico. Cuando perdemos contacto con el bailarín que llevamos dentro, perdemos nuestro equilibrio. Cada vez que perdemos el contacto con la naturaleza (con nuestra naturaleza interior) experimentamos, muy

dentro de nosotros, una sensación de inferioridad. Estar en contacto con el sí-mismo natural, nos dice Jung, es sentirse ni inferior ni superior. Una idea similar se expresa en el poema siguiente:

En el paisaje primaveral,
no hay mejor ni peor.

Las ramas que florecen crecen de manera natural,
unas largas y otras cortas.

La guirnalda que rodea al bailarín crea cobijo para el recién nacido sí-mismo, de manera que su unidad no se vea perturbada por la invasión del exterior. Crea también una frontera para contener sus energías y protegerlas de cualquier disipación. Esta protección se refleja como natural, indicando que ocurre de forma espontánea en este estado de desarrollo psicológico. Simbólicamente, esto significa que el sí-mismo está realizado por completo y que es una entidad incorruptible; no hay ya regresión posible. Por esta razón, los alquimistas llamaban al estado final de su proceso la fijación. Aquí el consciente y el inconsciente están unidos y el instinto y el espíritu vuelan juntos como un ser cuyo conocimiento comprende e incluye a los dos.

La guirnalda no es la serpiente que se muerde la cola, el uróboros del caos primario. Su forma es elíptica. Un círculo cerrado sugiere el vientre dentro del cual está contenido el feto entre el líquido amniótico. Una elipse recuerda la vulva o los labios de la vagina, entre los cuales, con el nacimiento de un nuevo ser, ahora completo, emerge un mundo nuevo de luz y de aire. Mientras un círculo es una curva continua, con un centro donde se fija, la elipse tiene dos focos, uno arriba y el otro abajo, sugiriendo que son dos mitades que van a encontrarse para formar una totalidad. En nuestro Tarot esta idea queda indicada por el hecho de que las dos mitades de la elipse parecen estar ligadas entre sí en el punto focal. Una tal elipse se llama mandorla. Nos recuerda a una semilla, a un huevo y al movimiento de los planetas en sus órbitas. A diferencia del uróboros y de la rueda, los cuales se repiten en sí mismos sin fin, la mandorla lleva consigo la posibilidad de un desarrollo futuro. Simboliza la interpenetración creativa de las dos esferas del cielo y de la tierra. Conecta también con el Huevo del Mundo, que según una creencia mitraica fue formado por el Creador. También conecta con el huevo filosofal, dentro del cual se incubaba y revelaba el oro. Su forma sigue las pautas de la circulación de la luz, siempre renovadora, como la describe la filosofía china. Dentro de la guirnalda, la circulación sigue quedando sugerida por el velo ondulante. Un espíritu nuevo entra en contacto con la figura y ésta baila mientras el espíritu se mueve. La figura queda contenida dentro del espacio sagrado, donde la realidad se pone en contacto con la eternidad.

Este estado de conocimiento queda representado aquí como un baile. Cuando bailamos nos movemos a través del espacio al ritmo que marca el tiempo, consiguiendo hacerlo de una manera armónica con la ayuda de la música, símbolo del sentimiento. La danza aparece como un arte sagrado, una forma de oración con la cual el hombre sintoniza con toda la naturaleza y con los dioses. A través de la danza rítmica, el hombre alcanza a tener una idea, entre el tiempo mortal y el tiempo trascendental, y se experimenta a sí mismo como una parte del proceso siempre cambiante. A través de la danza ritual, el chamán conecta con el universo para restablecer el equilibrio de la naturaleza, de modo que pueda llamar a la lluvia o practicar curaciones. A través de la danza extática, los derviches se apartan del tiempo mortal, emparejando su ritmo con el del girar de las estrellas.

La danza simboliza el acto de la creación. En la doctrina griega ortodoxa, Sofía, la Belleza Divina, baila. La filosofía Zen contempla toda vida como una agradable danza, el arte de la cual consiste en moverse a través de la vida ordinaria de una manera natural, espontánea e integradora. Los físicos nos explican que nuestro mundo, así como nosotros mismos, no

somos más que una danza de partículas. A nivel microscópico, toda dicotomía, (interior y exterior, mía y tuya, subjetiva y objetiva) resulta sin sentido. El bailarín de nuestro Tarot es el Mundo. El poeta Yeats expuso la misma idea de esta manera:

Oh gran castaño, profundamente enraizado, floreciente
¿eres las hojas, la flor o la castaña?

Oh cuerpo mecido por la música,
oh destello brillante ¿cómo podemos distinguir al bailarín de la danza?

La danza fue un símbolo frecuente en estas cartas. Todo comenzó con la danza del Loco en su camino feliz, cuando lleno de energía, se burlaba de nosotros. Pero su danza no tenía propósito ni dirección. No estaba atento a lo que hacía y avanzaba hacia adelante, mientras miraba hacia atrás, sin apercibirse de sí mismo ni de la realidad del momento presente. El Colgado también era una especie de bailarín, y aunque sus pies parecían estar bailando una antigua jiga, no estaban apoyados firmemente en la realidad y el resto de su cuerpo permanecía inmóvil. Confinado y colgado de las ramas truncadas, estaba suspendido como una marioneta donde sólo podía ejecutar una jiga mecánica. Los movimientos de la Fuerza con su león y los de la Templanza con sus dos jarras también nos sugerían una danza, pero en forma más alegórica. No eran figuras humanas, el movimiento de cada uno de ellos se veía restringido por las limitaciones de una tarea específica a la que tenían que dedicar todas sus energías. En la carta decimotercera vimos la danza de la Muerte, otro poder alegórico que, al igual que Shiva, ejecutaba la danza eterna de la creación y la destrucción.

El bailarín que vemos representado en el Mundo es bastante distinto de los anteriores; aparece como un ser humano desnudo que no pretende ni se propone nada más que ser él mismo. No está fijado ni por el pasado ni por el futuro, moviéndose al ritmo del presente mutable. Como nos indica su título, no se ve confinado por restricciones de ningún tipo que le limiten alegóricamente, como sucedía con la Fuerza, la Muerte y la Templanza. Es capaz de compaginarlas todas ellas y muchas más. A diferencia del Colgado, a quien vimos ejecutar torpemente una jiga como marioneta del destino, nuestro bailarín se mueve libremente con un pie siempre en contacto con la tierra. Aunque esté en constante movimiento, permanece en contacto con el suelo de su ser, dorado e indestructible.

Von Franz describe este momento diciendo: «La experiencia del sí-mismo trae consigo un sentimiento de estar firmemente fijo dentro de uno mismo, en un trocito de eternidad interior, la cual no podrá ser tocada ni siquiera por la muerte física».2

Hasta ahora, el héroe ha tenido intuiciones de este sí-mismo, como fuerza central conductora de su viaje. Ahora, en el Mundo, el sí-mismo se revela completamente y lo hace de manera inolvidable. Cuando uno tiene esta revelación, se producen en él cambios profundos y permanentes. El resultado no es un simple engrandecimiento de la personalidad anterior, es como si uno fuera creado de nuevo, o sea re-creado como un ser nuevo y total. A partir de este momento, el sí-mismo deviene consciente, una realidad siempre presente, lo que Jung describió de la siguiente manera: «Experimentar el sí-mismo significa que uno siempre es consciente de su propia identidad. Entonces, uno sabe que nunca podrá ser otra cosa que lo que es, que nunca se perderá a sí mismo y que nunca será separado del sí-mismo. Y eso porque uno sabe que él sí-mismo es indestructible, que es siempre uno y el mismo y que no puede ser disuelto ni cambiado por ninguna otra cosa. El sí-mismo le capacita a uno para permanecer él mismo en todas las condiciones de su vida.»3

Como subraya Jung, permanecer en contacto con el sí-mismo no significa estar separado del mundo, ni desinteresado de él. Uno sigue reaccionando emocionalmente, pero lo hace

a un nivel más profundo. Jung describe las dimensiones del sí-mismo de la siguiente manera:

«La conciencia ampliada ya no es aquel montón de deseos personales, de miedos, esperanzas y ambiciones que siempre tenían que compensar y corregir las tendencias contrarias del inconsciente; en su lugar existe una relación con el mundo de los objetos que llevará al individuo hacia lo absoluto, ligándole en una comunión indisoluble con el mundo en toda su amplitud. Las complicaciones que surjan en este estado ya no serán conflictos del deseo egoísta, sino dificultades que conciernen a los demás tanto como a uno mismo. Al llegar a este estadio, existe básicamente un interés por los problemas colectivos que han activado el inconsciente colectivo, ya que requieren compensación colectiva más que personal. Ahora podemos ver que el inconsciente produce contenidos que son válidos, no sólo para la persona a la cual conciernen, sino que lo son también para otros ya que, de hecho, lo son para una gran mayoría y posiblemente para todo el mundo.»⁴

La mayoría de estas ideas se encuentran representadas en el Mundo del Tarot. Por primera vez vemos representada simbólicamente la totalidad de la creación: la tierra, las plantas, los animales, las aves, el hombre y el ángel. La figura del centro no es ninguna de todas éstas ya que, siendo un andrógino, abarca más que esto y trasciende la vulgar humanidad. No es simplemente la suma de todos sus aspectos, sino más bien la quintaesencia, un estado del ser más allá de las cuatro dimensiones de la realidad ordinaria. Al mismo tiempo, la figura está representada en términos humanos; no está dibujada como algo abstracto, un tubo vacío, un instrumento a través del cual lo Divino fluye sin cambio: se revela a sí mismo como un individuo, a su cuerpo, y se expresa a su manera, individual y propia. Las cuatro figuras que podemos ver en las esquinas hacen guardia en eterna vigilia; simbolizan el estado de desarrollo que Jung describe anteriormente, donde una mayor amplitud de conocimiento se ha abierto a los problemas colectivos, más que a aquellos que conciernen puramente al ego. Al igual que los cuatro puntos de la brújula, marcan la nueva dimensión de este mundo más amplio. Aunque están firmemente instalados, están vivos y el bailarín está en un constante movimiento en relación con ellos. No está ligado a ninguna norma de comportamiento impuesta, no es marioneta de ningún «ismo» ni culto, es libre de moverse a su propio ritmo individual, dentro de los confines del espacio que le pertenece y que está definido como suyo por la mandorla que le protege.

Este bailarín no tiene que preocuparse de ser consistente, no tiene necesidad de pensar lo que pudo haber dicho o hecho ayer, para actuar en consonancia hoy. Mientras mantenga el contacto con las cuatro esquinas, se moverá espontáneamente en el presente, seguro, en el conocimiento de que su reacción de hoy está en armonía con la de ayer, puesto que ambas proceden de su centro más profundo. Como tan bellamente muestra el Tarot, está en constante movimiento en relación con lo que le rodea y su entorno (las figuras de las cuatro esquinas y la guirnalda) ya que, al estar vivo, también actúa como parte de un modelo que los abarca a todos. Su reacción de hoy no será la misma que la de ayer, ya que los acontecimientos que la produjeron no serán idénticos a aquellos a los que tendrá que hacer frente hoy.

La figura del Tarot nos ofrece conjuntamente esta idea de espontaneidad y de estabilidad y lo hace de una manera muy bella. El bailarín no aparece representado con los dos pies sólidamente apoyados en la tierra; sólo uno está en contacto con ella, el otro está a media altura, de manera que le permita estar en contacto con el aire, ofreciéndole la posibilidad de posarlo de nuevo según cada acontecimiento. Podemos observar cómo, a medida que se desarrolla el baile, paso tras paso, nunca perderá el contacto con la piedra dorada ni se

convertirá en una figura rígida y no comprometida. Su apertura al cambio está representada por el fluir de su velo, indicando con ello que el espacio interior de la mandorla no está vacío, no es un espacio con aire muerto. Dentro, un espíritu gentil se mueve, trayendo consigo frescor, ideas nuevas y con ellas nuevas dimensiones del conflicto, lo cual dará oportunidad al bailarín para que busque la solución a un nivel más profundo. Este bailarín no es una figura de piedra, inmune al conflicto. Igual que es libre para moverse, es también libre para ser movido. Sostiene en sus manos las varas de la energía positiva y negativa y su danza incumbe no solo a la creación sino a la destrucción, sin la cual no sería posible nueva creación. Dado que está liberado del conflicto neurótico, está, si puede decirse, más abierto a las experiencias fundamentales de los opuestos. Jung llamó a este estado de tensión «el conflicto divino», describiéndolo de la siguiente manera:

«Todos los opuestos son de Dios; por esto, pues el hombre debe inclinarse ante esta carga. Al hacerlo, encuentra que Dios, en su “oposición”, ha tomado posesión de él, encarnándose en él. Se convierte de esta manera en un recipiente lleno de conflictividad divina.»⁵

Como Jung subrayó tantas veces y como lo representa nuestro Tarot, ser un recipiente lleno de conflictividad divina es un privilegio y una carga específicamente humana. No ofrece escapatoria ninguna hacia «otro mundo» pero nos presenta el desafío de vivir en este mundo, de una manera plena de significado. Contento con el marco natural que le encierra, el bailarín del Tarot no sueña ningún tesoro que haya que buscar más allá de un arco iris imaginario. Para tomar prestada una expresión del lenguaje de los alquimistas, está ocupado en transformar las bases del metal de su existencia diaria en experiencias doradas del valor perpetuo.

El sí-mismo puede quedar representado de muchas maneras: como una flor, una piedra, un árbol, un niño, un dibujo abstracto y un rey o un dios. En el libro del Apocalipsis, la última meta se nos presenta como la Ciudad Celestial, la Nueva Jerusalén, en la cual, después del Juicio Final, los creyentes resucitarán a la vida eterna y a la luz. En la Luna, las torres doradas de esta ciudad celestial se veían como metas lejanas, custodiadas por dos animales. En esta carta de un Tarot italiano del siglo XV, el Mundo aparece como una ciudad totalmente revelada (fig. 83). La sostienen y presentan los dos gemelos alquímicos del Sol, cuya unión hace posible tal revelación.

Parece significativo que la versión marsellesa de esta carta haya abandonado el simbolismo tradicional y colectivo de la Jerusalén Celeste, en favor de un acercamiento más individual y humano. Si, como algunos creen, fueron los albigenses los creadores del Tarot, como una protesta velada por el dominio de la Iglesia y de sus reglas colectivas, parece probable que ellos hubieran podido elegirlo para representar la revelación como la única experiencia individual, representada en la versión de Marsella. En la actualidad, como protesta contra la sociedad colectiva, Jung subraya también la importancia del ser humano como el único portador de consciencia, el único instrumento dentro del cual y con la ayuda del cual puede manifestarse el sí-mismo. Jung dice que «solamente el individuo hace historia, esta unidad infenitesimal de la cual depende el mundo y en la cual, si comprendemos correctamente el mensaje cristiano, incluso Dios busca su meta».⁶

En el arte, Cristo aparece muy a menudo como el símbolo del Ser en sí-mismo. En las Escrituras, Cristo aparece como dos cosas a la vez: como Hijo de Dios y como Hijo del Hombre, revelando la idea de que el dios interior sólo puede ser traído a la luz a través de la vida de los seres individuales.

El bailarín del Tarot no tiene tras de sí ningún fondo específico. Su iluminación no viene de una estrella, ni de un sol, ni de una luna, ni tampoco de una presencia angélica.

Simbólicamente, su fondo está en todas partes y su luz es universal. Todo en esta carta se ve desde la eternidad, en el ahora siempre presente. Al revelarse a sí-mismo, el héroe, al igual que el poeta, no ve con el ojo sino a través del ojo. La guirnalda nos recuerda esta forma de ojo a través de la cual el hombre puede tener una visión de lo milagroso. Citando a Fausset: «Sólo hay un milagro en el mundo y éste es el renacer desde la parte hasta la totalidad». La individuación significa estar totalmente revelado como persona total, no perfecta, pero sí completa. Como ser sin edad definida, este bailarín existió antes de que lo hiciera el hombre, representando la esencia de éste, no una meta que nos hace señales desde fuera, sino como una emanación que se despliega desde dentro. En él, el espíritu está encarnado en carne espiritualizada, de manera que los dos puedan actuar al unísono como uno solo. Su presencia se hace manifiesta, no a través de la muerte del ego, sino a través de la humanización del sí mismo arquetípico. Las dos varas del bailarín sugieren la autofecundación, un diálogo constante entre los opuestos, con el ego y el sí-mismo relacionándose entre sí, en un equilibrio dinámico.

Aunque la figura del Tarot es andrógina, se representa predominantemente femenina. Esto supone una verdad psicológica, pues el lado femenino, tanto en el nombre como en la mujer, está conectado con la experiencia del sí-mismo. En un hombre, su iniciación llega a través del alma; en una mujer, el sí-mismo se personifica, en los sueños y en los otros materiales inconscientes, siempre como una figura femenina. Como mujer, el Mundo contiene dentro de ella la semilla de un nuevo nacimiento, pues la auto-realización es un proceso de movimiento continuo, tanto en el individuo como en la humanidad. Este bailarín está destinado a seguir moviéndose y creciendo a través de todos los tiempos. Así como la imagen del sí-mismo se ha encarnado de distintas maneras a lo largo de la historia, este símbolo también sufrirá, sin duda ninguna, varios renacimientos y metamorfosis en las generaciones futuras. Dado que es una figura arquetípica, la forma que vaya tomando a medida que evolucione, será siempre compensatoria del contrapunto consciente del medio cultural en que se mueva. Quizás el renacimiento actual de esta figura femenina sea una reacción compensatoria de la denigración del elemento femenino en nuestra cultura occidental.

Los alquimistas representaron frecuentemente a una figura femenina dentro de una mandorla, como respuesta a una acción cultural semejante. Se le llamaba el alma mundi, es decir, el alma del mundo. La concebían como una fuerza oculta en la materia, que animaba todos los cuerpos desde las estrellas del cielo hasta los animales, las plantas y los elementos de la tierra. Era tarea de toda la vida de un alquimista el liberar el alma mundi de su encarcelamiento en la prima materia de la naturaleza inconsciente. En el siguiente comentario, Jung nos demuestra que posee cualidades iguales a las del Mundo del Tarot: «La idea del alma mundi coincide con la del inconsciente colectivo, cuyo centro es el sí-mismo. Es la guía de la humanidad que, a su vez, es guiada por Dios».

A pesar del gran énfasis que Jung puso en el individuo, como único portador de consciencia, subrayó los efectos de este darse cuenta individual en la comunidad: la individuación no es el aislamiento. La autorrealización de un individuo, invariablemente, cambia a aquellos con los que vive, y esto afectará a la comunidad, dando como resultado final cambios en la sociedad. No quiere esto decir que la persona autorrealizada intente crear una nueva sociedad, pero su iluminación interior aparecerá inevitablemente de tal modo que conduzca a otros a su órbita. Una nueva realización del sí-mismo en una persona individual, hará brillar su reencarnación en el entorno colectivo. «El profundizar y ampliar la consciencia produce este tipo de efecto, al cual los primitivos llamaron "mana" —dice Jung. Es decir, una influencia no querida

en el inconsciente de los demás, una especie de prestigio inconsciente; y sus efectos durarán mientras no los perturbe ninguna intención consciente.»⁷ Jung subraya la idea de que, para que la influencia del individuo sea efectiva, no debe haber intención; pero esto, por supuesto, no significa que sea caótica ni desorganizada, pues a continuación añade: «La resistencia a la masa organizada sólo podrá oponerla el hombre que esté tan bien organizado en su individualidad como la misma masa».⁸

Tanto la espontaneidad como la solidez de este tipo de influencias se representa en el concepto del anima mundi, que se dibuja como una mujer desnuda, en pie, dentro de una elipse, cuyos radios parten en todas las direcciones como los rayos energéticos de una fuente de calor (fig. 84). Una idea similar se representa en el arte cristiano, donde el Cristo se enmarca dentro de una mandorla de rayos dorados, presentándose como una revelación luminosa para la contemplación de todos. La figura central no crea su aureola en ningún caso, incluso parece desconocer su existencia. Algunas veces aparece el Cristo dentro de una elipse formada por el Árbol de la Vida. Quizá las dos mitades de la guirnalda de la mandorla del Mundo pueden simbolizar las ramas del Árbol de la Vida y del Árbol del Conocimiento, firmemente entrelazados para crear una figura unida. En la Estrella vimos estos dos árboles conectados directamente a través de su enraizamiento en la misma tierra e, indirectamente, a través del pájaro negro que podía volar de un árbol a otro. En el Mundo, las ramas de estos dos árboles aparentemente opuestos forman, unidos, la guirnalda, símbolo de una relación perdurable entre el cuerpo y el espíritu, entre la felicidad de su cuerpo físico de hombre y su deseo natural de alcanzar el significado de la vida.

La idea de que el espíritu y la carne, el cielo y la tierra, pertenezcan juntos, como partes iguales, a un todo unido, se repite en las cuatro esquinas del Mundo. En las esquinas superiores aparecen dos seres alados y en las inferiores dos animales de la tierra. Mandorlas de Cristo tienen también estas cuatro figuras en sus esquinas: son los cuatro «animales» del Apocalipsis. Pueden simbolizar muchas cosas, entre las cuales podríamos citar: las cuatro direcciones, los cuatro elementos, los cuatro fluidos, las cuatro funciones junguianas, los cuatro signos del zodiaco fijos, cardinales y mutables, los cuatro Profetas y los cuatro Evangelistas. A continuación, añadiremos su significado para enriquecer estas figuras: EL TORO representa la tierra, Taurus, la estabilidad, la paciencia, la perseverancia y la sustancia pura. Se relaciona con el evangelio de san Lucas, ya que éste subraya el trabajo que Cristo hizo en la tierra.

EL LEÓN representa el fuego, Leo, la creación, el espíritu encarnado y la resurrección. Se relaciona con san Marcos. EL ÁNGEL representa el aire, Acuario, la relación ideal, la búsqueda de la verdad, la fraternidad universal y la interrelación del conocimiento perfecto y la forma perfecta. Se relaciona con san Mateo, y aparece en forma humana, pues san Mateo es quien nos ofrece la genealogía de Cristo. EL ÁGUILA representa el agua y Escorpión (ya que es el escorpión resucitado). Representa el poder emocional, la muerte y la regeneración; y se relaciona con san Juan, dado que su preocupación principal fue la inspiración y la naturaleza divina de Cristo.

Los cuatro montan la guardia y son testigos de la danza de la vida. Juntos, forman un rectángulo que contiene dentro de sí la mandorla. En todas sus representaciones aparece esta carta como un círculo incluido dentro de un rectángulo que une las realidades del cielo y la tierra, presentando su desarrollo presente y su potencial futuro de una forma muy bella. En palabras de Walt Whitman:

Yo soy la cumbre de las cosas logradas
y yo soy el margen de las cosas que han de ser.⁹

En alquimia, el milagro de la autorrealización, de la unión armónica de la verdad terrenal y la celeste, se llamaba «la cuadratura del círculo». Representaba la idea de que lo imposible, por la gracia de Dios, se realizaba, que lo misterioso podría (de hecho) ser «encuadrado» dentro de la realidad física. La figura 85 nos muestra una representación alquímica de la cuadratura del círculo. Aquí aparecen un hombre y una mujer dentro del círculo, y la idea era que, al cuadrar el círculo, el alquimista unía a estos dos en un uno total. Podemos ver algo similar en la carta francesa del Mundo (fig. 86). La filosofía moderna y la ciencia se mueven actualmente buscando también la cuadratura del círculo, yendo hacia una síntesis entre el mundo milagrosamente intuitivo por los místicos y el mundo científico de la observación.

El Principio de Incertidumbre de Heisenberg ha destruido muchas limitaciones determinadas, con las que el hombre señalaba aspectos diversos de la realidad, y esta incertidumbre se refleja en el lenguaje de la ciencia de una manera asombrosa. Desde que aceptamos que las partículas subatómicas no pueden ser definidas adecuadamente en el tiempo y el espacio, los físicos de hoy hablan de ellas como diciendo «que tienen tendencia a existir». Siguiendo este razonamiento hasta su lógica conclusión, llegamos a la terrible afirmación de que nosotros también tenemos solamente «una tendencia a existir». Las minúsculas partículas que constituyen nuestros cuerpos están en interacción constante con las que forman las personas y objetos de nuestro alrededor. Así como nosotros interactuamos constantemente con nuestro entorno con la respiración, la eliminación, así nuestros cuerpos aparentemente sólidos están en constante interacción con todas las cosas que nos rodean. Nuestras existencias como entidades individuales se han convertido, en el mejor caso, en meras probabilidades estadísticas.

Más aún, los físicos nos explican que este penoso estado de cosas seguirá así. Ya que por el mero hecho de observar la materia, el hombre la cambia y distorsiona, no sabemos ni sabremos jamás, si algo existe «allá afuera». En consecuencia, incluso el concepto de un mundo exterior «real», como estímulo que «cause» la forma en que vemos el mundo, es tan místico y abstracto como cualquier otra forma de ver la realidad.

Hoy en día todas nuestras distinciones entre interior y exterior, mío y tuyo, pasado y presente, se han desvanecido. La física moderna se ha vuelto cada vez más mística; de ahí que los sueños, visiones y otras experiencias así llamadas místicas se hayan aceptado cada vez más como factores importantes en nuestra realidad. Toda la experiencia humana se funde, al parecer, para convertirse en un mundo.

Este mundo único se comprende ahora como un estado continuo de devenir, un proceso de evolución constante, del cual cada identidad aparentemente separada (roca, planta, animal o ser humano) es una parte. Y eso, no en el sentido de que el universo sea un rompecabezas gigantesco, del cual cada uno de nosotros representa un pequeño segmento, sino que cada entidad definida es, de hecho, el mundo total. Al igual que mediante la técnica de la holo-grafía uno puede recrear una imagen completa a partir de un pequeño segmento, así, también, dentro de cada uno de nosotros está contenido el universo entero.

Mucho antes del advenimiento de la física subatómica, los místicos, poetas y artistas y los filósofos de varias culturas, conectaron intuitivamente con el unus mundus yacente

bajo las «diez mil cosas» de nuestra experiencia cotidiana. En los escritos cabalísticos se ha expresado bellamente que cada individuo es este mundo en microcosmos. Es interesante observar cómo, en un intento de captar esta experiencia numinosa, escritores de diversos fondos culturales parecen utilizar metáforas similares para atrapar la esencia indescriptible que se halla en el corazón de toda vida. Es también sorprendente (y comprensible) que los escritores de una disciplina utilicen a menudo el lenguaje de otra disciplina muy alejada para reconciliar los opuestos. Esto es particularmente evidente en escritos contemporáneos, donde los físicos que han llegado a su experiencia a través de la observación del mundo exterior, escriben sobre él en un lenguaje místico, mientras que los psicólogos analíticos (especialmente Jung), que llegaron a sus conclusiones a través de la observación del mundo interior, utilizan a menudo la metáfora de la ciencia física para describir sus hallazgos.

A veces, tanto el físico como el psicólogo escriben como poetas, mientras que los poetas mismos intentan emparejar el rectángulo con el círculo en el lenguaje de la geometría. El denominador común para todos ellos, como muestra nuestro Tarot, es la imagen: Un Mundo.

En el nivel más profundo del ser existe un mundo. He aquí unos cuantos ejemplos de este lenguaje universal. El primero fue escrito por Erwin Schrödinger, físico galardonado con el premio Nobel por sus investigaciones en este campo:

«... por inconcebible que parezca para la razón, tú y todos los demás seres conscientes como tales, estáis todos en todo.

De ahí que esta vida tuya que estás viviendo no es sólo una pieza de la existencia total, sino que es en algún sentido el todo; aunque este todo esté constituido de tal manera que no pueda ser captado en una simple mirada. Esto, como sabemos, es lo que los brahmanes expresan en su sagrada fórmula mística, que es en realidad tan simple y tan clara: Tat tvam asi, esto eres tú. O también en otras palabras como «yo estoy en el este y en el oeste, yo estoy encima y debajo, yo soy todo este mundo.»¹⁰

Abandonando por siempre el concepto de una realidad física exterior, hecha sustancia por la observación objetiva, Schrödinger opta en favor del mundo físico. Dice así: «Si nos decidimos por tener solamente una esfera, tiene que ser física, dado que esto existe como un don para todas las experiencias». Y amplía su definición en el siguiente pasaje: «...si, en vez de enredarnos con insensateces, somos capaces de pensar de una manera natural sobre lo que sucede en un ser viviente, pensante y con sentimientos... entonces, la condición de nuestro modo de actuar es que pensamos que todo lo que sucede, lo hace en nuestra experiencia del mundo, sin atribuirlo por ello a un substrato material objetivo del cual sea una experiencia; un substrato que sería de hecho total y enteramente superfluo.»¹¹

Oíd ahora a C.G.Jung, quien fue llamado a menudo místico (y esto cuando algunos consideraban que el misticismo era pecado mortal):

«La originalidad de la psique es de una magnitud tal que nunca puede comprenderse en su totalidad, solamente podemos darnos cuenta aproximadamente de ella, aunque sigue siendo todavía la base absoluta para toda consciencia. Los “fundamentos” más profundos de la psique pierden su unicidad individual a medida que se alejan más y más hacia la oscuridad. “Más abajo” es como decir que se acercan al sistema de funcionamiento autónomo, se convierten cada vez más en colectivos, hasta que son universalizados y se extinguen en la materialidad del cuerpo; por ejemplo, en los cuerpos químicos. El carbono del cuerpo es simple carbono. Por lo tanto: “en el fondo”, la psique es simplemente „,„’ “mundo”.»¹² 7

A diferencia del pensamiento de Schrödinger, Jung no abandonó un aspecto del mundo en favor de otro. Característicamente, se las compuso para encontrar el *tertium non datur* en el nivel más profundo de la psique del ser, donde los dos mundos podrían ser reconciliados. Dice así:

«Por supuesto hay poca esperanza, o ninguna, de que el Ser unitario se pueda concebir alguna vez, dado que nuestras capacidades de pensamiento y lenguaje permiten sólo demostraciones antinómicas. Pero todo eso lo sabemos fuera de toda duda, que la realidad empírica tiene un fondo trascendental —un hecho que, como sir James Jeans mostró, puede expresarse con la parábola platónica de la cueva. El fondo común de la microfísica y de la psicología profunda es tanto físico como psíquico, y por tanto ninguna de ambas cosas, sino una tercera, una naturaleza neutra que puede como mucho intuirse, dado que en esencia es trascendental.»¹³

Generaciones de hombres y mujeres han intentado reconciliar el cuadrado fijo de la realidad terrestre con el movimiento circular del infinito. Aquí Dante describe su lucha con el enigma del universo. Como la mayoría de nosotros, intentó acercarse a ello en primer lugar mediante el razonamiento de la mente:

Así como el geómetra aplica su mente a cuadrar el círculo, y ni con todo su ingenio encuentra la fórmula correcta, aunque lo pruebe; así me esmero yo, con ese asombro, en encajar la imagen en la esfera; y así tratar de ver cómo mantener el punto de apoyo en ella. Como hacemos la mayoría de nosotros, buscaba una oportunidad. Entonces, cuando abandonó toda esperanza, la iluminación apareció repentinamente, por la gracia de Dios. Encontró que el amor de Dios era la clave del misterio de la vida:

Pero no eran más las alas para tal vuelo

ya que, como yo deseé, la verdad deseada apareció

surcando mi mente en un gran destello de luz.

Aquí mis poderes descansaron de esta alta fantasía

pero de pronto pude sentir mi cuerpo girar,

el instinto y el intelecto igualmente equilibrados.

Como en una rueda, cuyo movimiento nada molesta

por el Amor que mueve al Sol y las otras estrellas.¹⁴

Cuadrar el círculo es el problema universal de toda la humanidad. Hemos visto cómo los poetas, los filósofos, los científicos, los artistas y los psicólogos han luchado con ello y sabemos que cada uno de nosotros también debe encontrar su propia clave para la geometría de la vida. Hemos observado cómo las cartas del Tarot han presentado los enfrentamientos del héroe con esta eterna adivinanza. Hemos descrito los motivos de las oposiciones a medida que se le plantearon en los distintos estadios de su viaje, hasta que alcanzó una solución en el Mundo.

Si miramos el Mapa del Viaje (fig. 3), podemos ver cómo la carta final de cada una de las tres filas horizontales representa un estadio específico en el progreso del héroe y cómo las tres cartas de su eje vertical se conectan entre sí y con las demás. En lo más alto de esta fila vertical encontramos el Carro. La figura central no era allí una figura humana desnuda sino un rey, vestido en todo su esplendor; estaba representado en pie, erguido sobre la tierra, aparte de toda la oposición del instinto natural (representado por el tiro de caballos), con el que no tenía contacto directo. Los cuatro puntos de su brújula estaban representados por cuatro postes rígidos que le confinaban dentro de un pequeño espacio rectangular. El dosel que le protegía le separaba de la iluminación de lo alto. Parecía obvio que, aunque nuestro héroe estaba embarcado en un viaje, éste era, al llegar este momento, un viaje del ego. Si se imaginaba a sí mismo como el conductor real, estaba destinado a experimentar todavía muchas humillaciones durante el camino.

Vimos algunas de éstas representadas en el Colgado y la Muerte; pero en la Templanza, la carta que está directamente debajo del Carro, todo lo que había sido invertido, desmembrado y estancado, parecía fluir conjuntamente de nuevo en la figura de un ángel que trasvasaba la esencia líquida de una vasija a otra. Al llegar a este punto, las energías del héroe, anteriormente dedicadas al desarrollo del ego y a la conquista del mundo exterior, empezaban ahora a volverse hacia el desarrollo interior. La figura que presidía este cambio no era un ser humano, era un ángel, una figura arquetípica que simbolizaba un movimiento que tenía lugar en el inconsciente profundo. Antes de que pudiera darse cuenta de la presencia divina en su interior, el héroe tenía que sufrir una depresión y un oscurecimiento, incluso el peligro de una psicosis, como vimos en la Luna, cuyo nombre nos recuerda la palabra «lunático».

La fila inferior de nuestro mapa representa los diversos niveles de iluminación, desde la confusión luciferina al resplandor solar de la comprensión dorada. Ahora el héroe surge a un nuevo mundo cuyos agradables brillos reflejan elementos de todo lo sucedido anteriormente. Dado que esta carta cierra la serie, parece curioso que su número, veintiuno, no la señale como una de aquellas cartas-semilla cuya reducción numérica llevaba al diez, finalizando así una fase específica de desarrollo. Pensar de esta manera sería no contar con la influencia del Loco, cuyo número cero le concedía poderes y privilegios especiales. Él nos inició en el viaje y, como hemos visto, irrumpió en otras cartas de vez en cuando, algunas veces para burlarse del héroe y otras para prestarle apoyo. Sin duda que ahora está también esperando sin ser visto, para conducir al viajero de regreso a una nueva confrontación con el Mago y a un nuevo comienzo en el laberinto sin fin de la individuación.

Hemos observado cómo el Loco ha conseguido estar presente en los momentos importantes del viaje del Tarot. Es fácil, pues, imaginarle cerca, fuera del alcance de la cámara, esperando ser testigo del nacimiento del sí-mismo. En algunas pinturas que representan el nacimiento de Jesús, aparece a menudo un loco, vestido de distintas maneras, en actitud de adoración ante el pesebre. En la Adoración ante el Pesebre de Ferrari (fig. 87) se nos muestra al Loco en pie, mirando con asombro el Nacimiento. Curiosamente, este momento de iluminación espiritual no tiene lugar en lo alto de una montaña estéril, sino que nace en un pesebre. En esta coincidencia es importante observar que el perro del Loco participa también de esta experiencia. A un cierto nivel de conocimiento, ello parece muy apropiado ya que, sin la protección y la guía de su animal correspondiente, el Bufón nunca habría encontrado el camino hacia el establo. La pintura de Ferrari también nos ofrece otras posibles visiones: si el Loco hubiera rechazado la parte «animal de sí mismo», al llegar a este momento supremo habría permanecido incompleto y esperando. El artista puede querer decirnos que sólo aquellos que son puros de espíritu y limpios de corazón pueden entrar en el Reino de los Cielos con el Sabio Anciano.

Pero, como sabemos, el Loco no permanece en el mismo lugar mucho tiempo. Pronto nuestra pequeña mascota, L'ami de Dieu, el pequeño amigo de Dios (y nuestro) estará impaciente por estar fuera, invitándonos a compartir con él un viaje hacia nuevas dimensiones de conocimiento. Como nos ha mostrado el Tarot, la vida es un proceso, la vida es movimiento; la serenidad no es estar libres de la tormenta, sino mantener el equilibrio en el centro de ella. Así pues, el Mundo no puede ser el punto final del viaje del héroe; es más bien la imagen que le inspiró a emprenderlo. Jung lo resume de esta manera:

«La redención total de los sufrimientos de este mundo es y ha de seguir siéndolo, una ilusión. La vida de Cristo en la tierra finalizó, no con una bendición complaciente, sino en la

cruz. La meta es importante sólo como una idea; lo esencial es la obra que conduce hacia la meta: ésta es la meta de una vida.»¹⁵